

preferir á nadie; pero ni habeis de presumir de compararos ni igualaros con nadie: solo os habeis de quedar en el postrer lugar, sin igual en vuestra bajeza, teniéndoos por mas miserable y pecador de todos. Dice el bienaventurado san Bernardo: Á ningun peligro os poneis en humillaros mucho, y poner os debajo de los piés de todos; pero el anteponeros á solo uno os puede hacer mucho daño; y trae aquella comparacion comun: Así como si pasais por una puerta baja no os puede dañar el bajar mucho la cabeza, empero un tantico menos que os dejeis de bajar, de lo que la puerta requiere, os puede hacer mucho daño y quebraros la cabeza; así en el ánima el bajarse y humillarse mucho no puede dañar: empero el dejarse de humillar un poco, el quererse anteponer ó igualar á solo uno, es cosa peligrosa. ¿Que sabes, ó hombre, dice el Santo, si ese uno que piensas que es no solo peor que tú (que por ventura te parece que ya vives bien), sino que es el mas malo de los malos, y el mas pecador de los pecadores, ha de ser mejor que ellos y que tú, y si lo es ya delante de Dios? ¿Quién sabe si cruzará Dios las manos como Jacob, y se trocarán las suertes, y serás tú el desechado y el otro el escogido? *Quid scis, inquit, si melior, et te, et illis mutatione dexteræ Excelsi in se quidem futurus sit, in Deo vero jam sit?* Genes. XLVIII, v. 14. ¿Que sabeis vos lo que ha obrado Dios en su corazon

de ayer acá y en un momento? *Facile est enim in oculis Dei subito honestare pauperem.* Eccli. XI, v. 23. En un instante puede Dios hacer de un publicano y de un perseguidor de la Iglesia apóstoles suyos, como hizo á san Mateo y á san Pablo: *Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ.* Matth. III, v. 9. De pecadores empedernidos y mas duros que un diamante puede hacer hijos de Dios. ¡Cuán engañado se halló aquel fariseo, Luc. VII, v. 39, que juzgó á la Magdalena por mala, y cómo le reprendió Cristo nuestro Redentor, y le dió á entender que era mejor que él la que él tenia por pública pecadora! Y así san Benito, santo Tomás y otros Santos ponen este por uno de los doce grados de humildad: *Credere, et pronuntiare se omnibus viliores*: Decir y sentir de sí que es el peor de todos. No basta decirlo con la boca, es menester que lo sintais así en vuestro corazon. «No pienses haber aprovechado algo si no te tienes por el peor de todos, dice aquel santo Tomás de Kempis.»

CAPÍTULO XXXIV.

Como los buenos y santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo.

No será curiosidad, sino de mucho provecho, declarar como

los buenos y los santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo, pues decimos que habemos de procurar llegar aquí. Algunos Santos no quieren responder á esta cuestion, sino contentarse con sentirlo ellos así en su corazon. Cuenta san Dorotheo, doctrin. 2 de humilit., que como el abad Zózimo estuviese un dia platicando de la humildad, y dijese esto de sí, hallóse allí un sofista ó filósofo, y preguntóle: ¿Cómo te tienes por tan pecador, pues que sabes que guardas los mandamientos de Dios? Respondió el santo Abad: Yo sé que esto que digo es verdad, y así lo siento: no me preguntes mas. Empero san Agustin, santo Tomás y otros Santos responden á esta cuestion, y dan diversas respuestas. La de san Agustin y santo Tomás es (1), que poniendo uno los ojos en los defectos que él conoce en sí, y considerando en su prójimo los dones ocultos que tiene ó puede tener de Dios, puede cada uno con verdad decir de sí que es mas vil y mayor pecador de todos; porque mis defectos sélos yo, y no sé los dones ocultos que el otro tiene de Dios. ¡Oh que le veo que comete tantos pecados que yo no cometo! ¿Y que sabeis vos lo que Dios ha obrado en su corazon despues acá? En un momento oculta y secretamente

(1) August. lib. de sanet. virg. cap. 46 et 47; S. Thom. 2, 2, quæst. 161, art. 1 ad 1, et art. 3.

puede aquel haber recibido algun don y merced de Dios, con la cual os haga mucha ventaja, como aconteció en aquel fariseo y publicano del Evangelio que entraron á orar al templo: *Dico vobis: descendit hic justificatus in domum suam ab illo.* Luc. XVIII, v. 14. De verdad os digo, dice Cristo nuestro Redentor, que el publicano y tenido por malo salió justificado; y el fariseo, que se tenia por bueno, salió condenado. Esto nos habia de bastar para escarmentar y para que no nos atrevamos á preferir ni comparar con nadie, sino que nos quedemos solos en el postrer lugar, que es lo seguro.

Al que de verdad y de corazon es humilde muy fácil cosa le es el tenerse en menos que todos; porque el verdadero humilde considera en los otros las virtudes y lo bueno que tienen, y en sí sus defectos, y anda tan ocupado en el conocimiento y remedio de ellos, que no se le levantan los ojos á mirar faltas ajenas, pareciéndole que tiene harto que hacer en llorar sus duelos: y así á todos los tiene por buenos, y á sí solo por malo; y mientras mas santo es uno, mas fácil le es esto; porque así como va creciendo en las demás virtudes, va tambien creciendo en la humildad, y en mayor conocimiento propio y mayor desprecio de sí mismo, que todo anda junto. Y mientras mas luz y conocimiento tiene de la bondad y majestad de Dios, mas profundo conocimiento

tiene de su miseria y de su nada; porque *Abyssus abyssum invocat*. Psalm. xli, v. 8. Aquel abismo del conocimiento de la bondad y grandeza de Dios descubre el abismo y profundidad de nuestra miseria, y hace ver los átomos y polvos infinitos de las imperfecciones. Y si nosotros nos tenemos en algo, es porque tenemos poco conocimiento de Dios y poca luz del cielo. Aun no han entrado por las puertas de nuestra alma los rayos del Sol de justicia, y así no solo no vemos los átomos, que son nuestras faltas é imperfecciones menudas, pero aun tenemos tan corta vista, ó por mejor decir, estamos tan ciegos, que aun las faltas graves no echamos de ver.

Añádase á esto que ama Dios tanto la humildad y le agrada tanto que se tenga uno en poco á sí mismo, y se conserve en eso, que por eso suele muchas veces en grandes siervos suyos, á quien él hace muchas mercedes y beneficios, disfrazar tanto sus dones, y comunicarlos tan secreta y escondidamente, que el mismo que los recibe no lo entiende, y piensa que no tiene nada. Dice san Jerónimo (1): *Tota illa tabernaculi pulchritudo pellibus tegitur et ciliciis*: Toda aquella hermosura del tabernáculo estaba cubierta con cilicios y pieles de animales. Así suele Dios cubrir y encubrir la hermosura de las virtudes y de sus dones y beneficios con diversas

(1) S. Hieronymus, in prolog. galeato; Exod. xxxvi, 19.

tentaciones, y á veces con algunas faltas é imperfecciones que permite, para que así se conserven mejor, como las brasas cubiertas con la ceniza. San Juan Clímaco dice, que como el demonio procura ponernos delante nuestras virtudes y buenas obras, para que nos ensoberbecamos, porque desea nuestro mal; así al contrario, Dios nuestro Señor, porque desea nuestro mayor bien, suele dar luz particular á sus siervos para que conozcan sus faltas é imperfecciones, y encubrir y disfrazar tanto sus dones, que el mismo que los recibe no lo entiende. Y es doctrina comun de los Santos. Dice san Bernardo: *Nimum conservandæ humilitatis gratia, divina solet pietas ordinare, ut quanto quis plus proficit, eo minus se reputet profecisse; nam, et usque ad supremum exercitii spiritualis gradum, si quis eo usque pervenerit, aliquid ei de primi gradus imperfectione relinquatur adeptus*. Serm. de quatuor modis orand. Para conservar la humildad en sus siervos suele la divina bondad disponer las cosas de tal manera, que cuanto uno va aprovechando mas, tanto menos piensa que aprovecha; y cuando ha llegado al último grado de la virtud, permite que tenga alguna imperfeccion en el primero, para que piense que aun no ha alcanzado aquel: lo mismo nota san Gregorio en muchas partes (1).

(1) Gregor. lib. 34 Moral. cap. 15 in pastoral. part. 4; lib. 3 Dialog. cap. 14.

Por eso comparan algunos muy bien á la humildad, y dicen que se ha con las otras virtudes como el sol con las demás estrellas: es la razon, que así como cuando aparece el sol desaparecen y se encubren las otras estrellas; así cuando hay humildad en el alma se encubren las demás virtudes, y le parece al humilde que no tiene ninguna virtud. Dice el glorioso san Gregorio: *Boni soli bona sua non vident, qui in se videnda omnibus ad exemplum præbent*. Lib. 22 Moral., c. 5. Siendo á todos manifestas sus virtudes, ellos solos no las ven. De Moisés cuenta la sagrada Escritura, que cuando salió de hablar con Dios traía un grande resplandor en su rostro, viéndolo los hijos de Israel, y él no: *Ignorabat quod cornuta esset facies sua, ex consortio sermonis Domini*, Exod. xxxiv, v. 29; así el humilde no ve en sí ninguna virtud: todo lo que ve le parece que son faltas é imperfecciones, y aun cree que la menor parte de sus males es la que él conoce, y que son muchos mas los que ignora. Con esto le es fácil tenerse en menos que todos, y por el mayor pecador de cuantos hay en el mundo.

Es verdad (para que lo digamos todo) que como son muchos y diversos los caminos por donde Dios lleva á sus escogidos, aunque á muchos lleva por el camino que habemos dicho de encubrirles sus dones, que ellos mismos no los vean ni piensen que los tienen; á

otros se los manifiesta y hace que los conozcan para que los estimen y agradezcan. Y así decia el apóstol san Pablo: *Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est: ut sciamus quæ à Deo donata sunt nobis*. I ad Cor. ii, v. 12. Nosotros habemos recibido, no el espíritu de este mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que recibimos de su mano. Y la sacratísima Reina de los Ángeles muy bien conocia y reconocia las mercedes y dones grandes que tenia y habia recibido de Dios: *Quia fecit mihi magna, qui potens est*, Luc. i, v. 59, dice ella en su cántico: Magnifica y engrandece mi alma al Señor, porque ha obrado en mí grandes cosas el que es todopoderoso. Y esto no solo no es contrario á la humildad y perfeccion, antes está acompañado con una tan alta y levantada humildad, que por eso la llaman los Santos humildad de grandes y perfectos varones.

Hay aquí empero un peligro y engaño grande de que nos advierten los Santos, y es, que algunos piensan de sí que tienen mas dones de Dios de los que tienen; en el cual engaño estaba aquel miserable á quien mandó Dios decir en el Apocalipsi, ii, v. 17: *Dicis: dives sum, et locupletatus, et nullius egeo, et nescis, quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus*: Dices que eres rico, y que de nada tienes necesidad, y no en-

tiendes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo. En el mismo engaño estaba aquel fariseo del Evangelio, Luc. xviii, v. 11, el cual daba gracias á Dios porque no era él como los otros hombres, creyendo de sí que tenia lo que no tenia, y que era por eso mejor que los otros. Y algunas veces se nos entra esta soberbia tan oculta y secretamente, que casi sin sentirlo ni entenderlo estamos muy llenos de nosotros mismos y de nuestra propia estimacion; por eso es gran remedio el tener el hombre siempre los ojos abiertos para ver las virtudes ajenas, y cerrados para ver las suyas propias; y así vivir siempre con un santo temor, con el cual están mas seguros y guardados los dones de Dios.

Pero al fin, como Nuestro Señor no está atado á eso, y lleva á los suyos por diversos caminos, algunas veces, como dice el apóstol san Pablo, quiere él hacer esta particular merced á sus siervos, que conozcan los dones que de su mano han recibido. Y entonces parece que tiene mas dificultad la cuestion propuesta. ¿Cómo estos Santos y varones espirituales, que conocen y ven en sí grandes dones que han recibido de Dios, pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir de sí que son los mayores pecadores del mundo? Ya cuando Nuestro Señor lleva á uno por ese otro camino de encubrirle sus dones, y que no vea en sí ninguna virtud, sino todo faltas é im-

perfecciones, no tiene eso tanta dificultad: pero en estos otros ¿cómo puede ser? Muy bien puede ser con todo eso: sed vos humilde como san Francisco, y entenderéis el cómo (1). Apretándole su compañero, cómo podia él con verdad sentir y decir esto de sí, respondió el seráfico Padre: Verdaderamente entiendo y creo que si Dios hubiera hecho con un ladron y con el mayor de todos los pecadores las misericordias y beneficios que ha hecho conmigo, que fuera mucho mejor que yo, y que fuera mas agradecido que yo. Y por el contrario, entiendo y creo que si Dios levantase su mano de mí y no me tuviese, que yo cometeria mayores males que todos los hombres, y que seria peor que todos ellos; y por esto, dice, yo soy el mayor pecador y mas ingrato de todos los hombres. Esta es muy buena respuesta y humildad muy profunda y doctrina maravillosa. Este conocimiento y consideracion es la que hacia á los Santos hundirse debajo de la tierra, y ponerse á los piés de todos, y tenerse con verdad por los mayores pecadores del mundo; porque tenian plantada y arraigada muy bien en su corazon la raíz de la humildad, que es el conocimiento de su propia flaqueza y miseria; y sabian penetrar y ponderar muy bien lo que ellos eran y tenian de sí, y eso les hacia creer que si Dios los dejara de su

(1) Part. 1, lib. 2, cap. 68 de la Crónica de san Francisco.

mano, y no los estuviera siempre teniendo, fueran los mayores pecadores del mundo; y así se tenian por tales. Y los dones y beneficios que habian recibido de Dios los miraban ellos, no como cosa suya, sino como cosa ajena y prestada. Y no solo no los estorbaba ni impedía eso para que ellos se quedasen enteros en su humildad y bajeza, y se tuviesen en menos que todos; antes les ayudaba mas á eso, por parecerles que no se aprovechaban de ellos como debian. De manera que á cualquier parte que volvamos los ojos, ahora los pongamos en lo que tenemos de nuestra parte, ahora los levantemos á lo que habemos recibido de Dios, hallaremos harta ocasion para humillarnos y tenernos en menos que todos.

San Gregorio, lib. 34 Moral., c. 16, pondera á este propósito aquellas palabras que dijo el profeta David á Saul, despues que pudiéndole matar en la cueva donde habia entrado, le perdonó y le dejó ir. Sálese David tras él, y dale voces, diciendo: *Quem persequeris Rex Israel? Quem persequeris? Canem mortuum persequeris, et pulicem unum?* I Reg. xxiv, v. 15. ¿Á quién persigues, Rey de Israel? ¿Á un perro muerto persigues, á una pulga como yo? Pondera muy bien san Gregorio: Ya David estaba ungido por rey, y habia sabido del profeta Samuel que le ungió que Dios queria quitar el reino á Saul y dárselo á él; y con todo eso se le

humilla, y se apoca y abate delante de él, sabiendo que Dios le habia preferido á él, y que delante de Dios era mejor que él; para que de aquí aprendamos nosotros á tenernos en menos que los que no sabemos en qué grado están delante de Dios.

CAPÍTULO XXXV.

Que este tercero grado de humildad es medio para vencer todas las tentaciones y alcanzar la perfeccion de todas las virtudes.

Casiano dice (1), que era tradicion de aquellos Padres antiguos, y como primer principio entre ellos, que no puede uno alcanzar la puridad de corazon ni la perfeccion de las virtudes si primero no conociere y entendiere que toda su industria, diligencia y trabajo no es bastante para ello, sin especial ayuda y favor de Dios, que es el principal autor y dador de todo bien. Y este conocimiento, dice, no ha de ser especulativo, porque así lo habemos oido ó leído, ó porque así nos lo dice la fe; sino conviene que lo conozcamos prácticamente y por experiencia, y que estemos tan llanos, y tan asentados y resueltos en esta verdad como si lo viésemos con los ojos y tocásemos con las manos, que es al pié de la letra el tercero gra-

(1) Cassian. lib. 12 de spiritu superbia, cap. 13.

do de humildad de que vamos tratando; y de esta humildad se entienden las autoridades de la sagrada Escritura, que prometen grandes bienes á los humildes, los cuales son innumerables. Y por eso con mucha razón le ponen los Santos por último y perfectísimo grado de humildad, y dicen que ese es el fundamento de todas las virtudes, y la preparacion y disposicion para recibir todos los dones de Dios. Y prosiguiendo Casiano (1) esto mismo mas en particular, tratando de la castidad, dice, que para alcanzarla ningun trabajo basta, hasta que entendamos por experiencia que no lo podemos alcanzar por nuestras fuerzas, sino que nos ha de venir de la liberalidad y misericordia de Dios. Y san Agustín, lib. 2 de sanct. virg., c. 39, concuerda muy bien con esto; porque el primero y principal medio que pone para alcanzar y conservar el don de la castidad es esta humildad: que no penseis que lo podeis vos, ni que basten vuestras diligencias, que merecis perderlo si en eso estibais; sino que entendais que ha de ser don de Dios, que os ha de venir de arriba, y en eso pongais toda vuestra confianza. Y así decia un viejo de aquellos Padres antiguos, que seria un tentado en la carne hasta que conociese bien que la castidad es don del Señor y no fuerza propia. Confirma esto Paladio con el ejemplo

(1) Cassian. collat. 2 Abbat. Cheremon. tis, cap. 4.

del abad Moisés, el cual habiendo sido en el cuerpo de admirable fortaleza, y en el ánimo viciosísimo, se convirtió muy de corazón á Dios. Fue á los principios muy gravemente tentado, especialmente de torpezas; y por consejo de los santos Padres ponía sus medios para vencerlas. Oraba tanto, que pasó seis años orando, la mayor parte de la noche en pié, sin dormir. Trabajaba mucho de manos, no comía sino un poco de pan, iba por las celdas de los monjes viejos, y traía agua, y hacia otras mortificaciones y asperezas grandes. Con todo eso no acababa de vencer las tentaciones, sino que ardia en ellas, y estaba en peligro de caer y dejar el instituto de monje. Estando en este trabajo, vino á él el santo abad Isidoro, y díjole de parte de Dios: Desde ahora en nombre de Jesucristo cesarán tus tentaciones. Y así fue que nunca mas le vinieron. Y añadió el Santo, declarándole la causa por que hasta allí Dios no le habia dado cumplida victoria de ellas: Moisés, porque no te gloriasen ni cayeses en soberbia pensando que por tu ejercicio habias vencido, por eso ha permitido Dios esto para tu provecho. No habia Moisés alcanzado el don de la desconfianza de sí mismo, y porque lo alcanzase y no cayese en soberbia de propia confianza, por eso le dejó Dios tanto tiempo, y no alcanzó con tan grandes y tan santos ejercicios la cumplida victoria de esta

pasion, que otros con menos trabajo han alcanzado.

Lo mismo refiere Paladio que le aconteció al abad Pacon, que con ser ya viejo de setenta años era muy molestado de tentaciones deshonestas; y dice que le afirmó con juramento que despues de cincuenta años de edad, por espacio de doce años fue tan récia la pelea, y tan ordinario el combate, que no se le pasó dia ó noche en todo este tiempo que no fuese combatido de este vicio. Él hacia cosas muy extraordinarias para librarse de estas tentaciones, y no aprovechaba. Un dia estándose él lamentando, pareciéndole que le habia el Señor desamparado, oyó una voz que le decia interiormente: Entiende que la causa de haber Dios permitido en tí esta récia batalla ha sido para que conozcas tus flaquezas y pobreza, y lo poco ó nada que tienes de tu parte, y así te humilles de aquí adelante, no confiando en cosa alguna de tí, sino recurriendo en todas á mí á pedirme socorro. Y dice que con esta enseñanza quedó tan consolado y confortado, que nunca mas sintió aquella tentacion. Quiere Dios que pongamos toda nuestra confianza en él, y que desconfiemos de nosotros y de nuestros medios y diligencias.

Esta doctrina no solo es de Agustino, Casiano, y de aquellos Padres antiguos, sino del mismo Espíritu Santo, y en estos propios términos que la vamos diciendo. El Sábio en el libro de la Sabiduría,

Sapient. viii, v. 21, nos pone expresamente la teórica, y juntamente la práctica de todo esto: *Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientiae, scire cujus esset hoc donum, adii Dominum, et deprecatus sum illum ex totis precordiis meis*: Como yo supiese, dice Salomon, que no podia ser continente sin especial don de Dios. Continente aquí es nombre general, que abraza no solo el contener y refrenar la passion que es contra la castidad, sino todas las demás pasiones y apetitos que son contra la razon. Como tambien en aquello del Eclesiástico, xxvi, v. 20: *Omnis autem ponderatio non est digna continentis animae*: Todo peso de plata y oro no es digno de la ánima continente. No hay cosa que tanto pese ni valga como la persona continente: quiere decir, que por todas partes tiene y contiene sus afectos y apetitos para que no salgan de la raya de la virtud y de la razon. Pues dice Salomon: Luego que supe que sin especial don de Dios no podia contener siempre estas potencias y pasiones de mi alma y de mi cuerpo en aquel medio de verdad y virtud, sin que algunas veces sobresaliesen; y conocer esto, es, dice, gran sabiduría: acudí al Señor á pedirselo de todo mi corazón. De manera que este es medio único para ser continentes, y para poder refrenar y gobernar nuestras pasiones, y tenerlas á raya, y para alcanzar victoria de to-

das las tentaciones y la perfeccion de todas las virtudes, y así lo reconocia muy bien el Profeta cuando decia, Psalm. cxxvi, v. 1: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt, qui edificant eam*: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que la edifica. *Et nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*: Y si el Señor no guarda la ciudad, en vano trabaja el que la guarda. Él es el que nos ha de dar todo el bien, y el que despues de dado lo ha de guardar y conservar; y sino en vano será todo nuestro trabajo.

CAPÍTULO XXXVI.

Que la humildad no es contraria á la magnanimidad, antes es fundamento y causa de ella.

Santo Tomás, 2, 2, q. 1, art. 29, tratando de la virtud de la magnanimidad, pone esta cuestion: Por una parte dicen los Santos, y dícelo el sagrado Evangelio, que nos es muy necesaria la humildad, y por otra nos es tambien muy necesaria la magnanimidad, especialmente á los que tienen oficios y ministerios altos. Estas dos virtudes parecen contrarias entre sí; porque la magnanimidad es una grandeza de ánimo para emprender y acometer cosas grandes y excelentes, y que sean en sí dignas de honra: y lo uno y lo otro parece contrario á la humildad;

porque cuanto á lo primero, que es emprender cosas grandes, no parece que dice con ella; porque uno de los grados de humildad que ponen los Santos, es: *Ad omnia indignum, et utilem se confiteri, et credere*: Confesarse y tenerse por indigno é inútil para todas las cosas, y emprender uno aquello para lo que no es parece soberbia y presuncion. Y lo segundo, que es emprender cosas de honra, parece tambien contrario; porque el verdadero humilde ha de estar muy léjos de desear honra y estimacion. Á esto responde muy bien santo Tomás, y dice, que aunque mirando la apariencia y sonido exterior parecen contrarias entre sí estas dos virtudes; pero en efecto ninguna virtud puede ser contraria á otra; y en particular dice de estas dos, humildad y magnanimidad, que si miramos atentamente á la verdad y sustancia de la cosa, hallaremos que no solo no son contrarias, pero que son muy hermanas, y depende mucho la una de la otra. Y declara esto muy bien; porque cuanto á lo primero, que es emprender y acometer cosas grandes, que es propio del magnánimo, no solo no es eso contrario al humilde, antes es muy propio suyo; y solo el que lo fuere puede hacer eso bien. Si fiados en nuestras fuerzas y medios emprendiésemos cosas grandes, seria presuncion y soberbia; porque ¿qué cosas grandes ni aun pequeñas podemos nosotros emprender, fiados

en nuestras fuerzas, pues no somos suficientes de nosotros ni aun para tener un buen pensamiento? como dice san Pablo, II ad Cor. iii, v. 5: *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis*. Pero el fundamento firme de esta virtud de la magnanimidad, para acometer y emprender cosas grandes, ha de ser desconfiar de nosotros y de todos los medios humanos, y poner nuestra confianza en Dios, que es la verdadera humildad.

El glorioso san Bernardo, sobre aquello de los Cantares: *Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* Bern. serm. 60 ex parv.: ¿Quién es esta que sube del desierto, abundante en riquezas, estribando sobre su amado? declara muy bien como toda nuestra virtud y fortaleza y todas nuestras buenas obras han de estribar en nuestro amado. Y trae para esto el ejemplo del apóstol san Pablo á los de Corinto: *Gratia autem Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi*. I ad Cor. xv, v. 10. Comienza el Apóstol á contar sus trabajos y lo mucho que habia hecho en la predicacion del Evangelio y en el servicio de la Iglesia, hasta venir á decir que habia trabajado mas que los demás Apóstoles. Dice el bienaventurado san Bernardo: Mirad lo que decís, Apóstol santo, para que podais decir eso, y para que no lo perdais: *Innitere super dilectum tuum*: Estribad sobre vuestro

amado. *Non ego autem, sed gratia Dei mecum*. Luego estriba sobre su amado: No yo, sino la gracia de Dios conmigo. Y escribiendo á los filipenses, c. iv, v. 13, dice: *Omnia possum*: Todo lo puedo. Y luego estriba en su amado, y dice: *In eo qui me confortat*: En aquel que me conforta. En Dios todo lo podremos; con su gracia seremos poderosos para todo: en eso hemos de estribar, y ese ha de ser el fundamento de nuestra magnanimidad y grandeza de ánimo. Y eso es lo que dice el profeta Isaías, xi, v. 31: *Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem*: Los que desconfian de sí, y ponen toda su confianza en Dios, mudarán su fortaleza; porque trocarán la fortaleza de hombres, que es flaqueza, en fortaleza de Dios; trocarán su brazo flaco y de carne en el brazo del Señor, y así quedarán fuertes y poderosos para todo, porque en Dios todo lo podrán. Y así dijo muy bien san Leon Papa, serm. 5 Epiph.: *Nihil arduum humilibus, nihil asperum mitibus*: El verdadero humilde, ese es magnánimo, animoso y esforzado para acometer y emprender cosas grandes, ninguna cosa se le hace ardua ni dificultosa; porque no confía en sí, sino en Dios, y poniendo los ojos en Dios, y estribando en él, nada se le pone delante: *In Deo faciemus virtutem, et ipse ad nihilum deducet tribulantes nos*. Psalm. lxx, v. 14. En Dios todo lo puede. Esto es lo que habemos menester mucho nosotros, ánimo